

**LAS CONDICIONES DISCURSIVAS DE LOS ESTUDIOS MEDIALES EN CHILE.
BASES EPISTEMOLÓGICAS Y APUNTES CARTOGRÁFICOS***

**DISCURSIVE CONDITIONS IN CHILE MEDIA STUDIES.
EPISTEMOLOGICAL FOUNDATIONS AND CARTOGRAPHIC NOTES**

Mg. Rubén Dittus
Universidad Católica de la Santísima Concepción
rdittus@ucsc.cl
Concepción, Chile

Resumen

Se aborda el condicionamiento discursivo de la investigación académica sobre medios de comunicación que se ha llevado a cabo en Chile desde la segunda mitad de la década del sesenta hasta nuestros días. El presente artículo es el resultado de una investigación definida como un estudio cartográfico. Al igual que un cartógrafo, el autor ha confeccionado un mapa, identificando los hitos de ese territorio que desea describir de la disciplina, tales como los modelos teóricos y metodológicos empleados, los paradigmas dominantes, las tendencias temáticas, las dinámicas institucionales y los desafíos actuales. Se aplicó un método semiótico sobre las fuentes recopiladas, para concluir con un cuerpo de principios orientados en la identificación de determinadas expresiones textuales como "huellas" de las condiciones de producción de los estudios mediales.

Palabras clave: Estudios mediales, epistemología, discurso, metainvestigación, Chile.

Abstract

The paper approaches the discursive conditioning of the academic research on mass media that have been carried out in Chile from the second half of the decade of sixty to the present day. The present article is the result of an investigation defined as a cartographic study. As a cartographer, the author has made a map, identifying the milestones of this territory that wants to describe of the discipline, such as the theoretical models and methodological employees, the dominant paradigms, the thematic trends, the institutional dynamics and the current challenges. A method was applied semiotic on the compiled sources, to conclude with a body of beginning orientated in the identification of certain textual expressions as "fingerprints" of the conditions of production of the media studies.

Keywords: Media studies, epistemology, discourse, analysis of the research, Chile.

(Recibido el 13 de enero de 2011)

(Aceptado el 24 de junio de 2011)

* El presente trabajo es una versión resumida del libro *Cartografía de los estudios mediales en Chile* (2008, 422 páginas), que el autor publicó en la ciudad de Concepción (Chile) bajo el sello editorial de la Universidad Católica de la Santísima Concepción. ISBN 978-956-7943-35-7.

Introducción

El condicionamiento discursivo de los estudios mediales en Chile es objeto del presente trabajo. Tomando como base la máxima que dice “el mapa no es el territorio”, las ideas que el lector descubrirá dan cuenta de ambiciosas anotaciones cartográficas. Al igual que un cartógrafo, el autor ha confeccionado un mapa, identificando los hitos de ese territorio que desea perfilar en una geografía tan espesa como la mediología, con modelos teóricos y metodológicos contradictorios, multidisciplinarios, con tendencias temáticas, paradigmas legitimados y dinámicas institucionales que explican la situación pasada, presente y venidera de la disciplina en Chile. El lector debe saber, además, que este trabajo partió de un diagnóstico provisional: son 40 años de vida de estudios sobre medios de comunicación en una sociedad cuya ciencia ha enfrentado ideologismos y una excesiva politización de sus protagonistas. En efecto, las investigaciones mediales en Chile se han caracterizado por su gran dispersión y fragmentación. Los objetos de estudio son numerosos y diversos (prensa escrita, radio, televisión, Internet, nuevas tecnologías, opinión pública, audiencias o ética profesional), al igual que las metodologías utilizadas (análisis de contenido, medición de audiencias, lectura semiótica, trabajos de campo, métodos historiográficos). Y por tratarse de una disciplina joven con influencias que derivan de otras ciencias sociales, se aprecia en ésta una constante reformulación de paradigmas. Con frecuencia, los jóvenes investigadores se encuentran con problemas de orden metodológico, dificultades en la obtención de documentos, de consulta de fondos bibliográficos o autores que puedan ayudarles a dar pasos más seguros y mejorar las investigaciones.

El diseño de una cartografía de este tipo no está exento de dificultades. Primero, porque hay una gran cantidad de investigaciones efectuadas desde el ámbito privado -agencias de publicidad o empresas de estudio de mercado- que no son de acceso público, es decir, sus resultados deben ser adquiridos previo pago de los derechos correspondientes, y otros que simplemente son de uso exclusivamente particular. Y segundo, porque los criterios de selección que habitualmente se utilizan para obtener informes de investigación y consultar sus resultados es el de la referencialidad. Es decir, parece adecuado recopilar el material bibliográfico que es constantemente citado por los autores del área, sin evaluar la validez de los mismos, en circunstancias que, como se sabe, no siempre lo más citado es siempre lo más válido. Dentro de la academia el ejercicio de la autoridad lleva en ocasiones a que parezca “obligatorio” citar a autores que en realidad no aportan ninguna novedad al conocimiento. Nuestra observación es capaz de arrojar, entonces, un dato inequívoco: los mediólogos son agentes semiotizados. Por un lado, en la construcción de su saber excluyen a otros saberes. Por otro, se encuentran influenciados por las prácticas y métodos que les preceden. Inmersa en la semiosis social, es tarea de la autorreflexividad develar las formas cómo se articulan dichas influencias discursivas, dando cuenta del saber hegemónico que rige las prácticas de una disciplina, con presencia de no pocos saberes alternativos o periféricos que claman por un espacio en la academia.

Bases epistemológicas de las condiciones discursivas de la ciencia

La ciencia, al igual que cualquier otra actividad humana, tiene sus propias condiciones discursivas. Se ejerce al interior de una serie de normas y prácticas institucionalizadas, las que actúan como un sistema. Cuando se abordan los rasgos de este sistema y sus relaciones con el entorno social se plantean aspectos epistemológicos no resueltos. Al ser la ciencia una actividad intelectual abierta, nunca clausurada y siempre provisional, su quehacer supone que siempre se encuentra con un acto originario que es un supuesto de la ciencia, no ella misma. Como sabemos, esto no es una novedad. Ya lo planteó acertadamente Thomas Kuhn (1983) a propósito de la instalación social del saber ya sancionado por un grupo. La tesis kuhniana reconoce la competencia entre fracciones de la comunidad científica, develando, de paso, el rol histórico de la ciencia como el factor que impulsa el desarrollo del saber académico a través de “revoluciones científicas”. Y es este papel social el que muchas veces se pasa por alto en las reflexiones metainvestigativas.

Si el trabajo del científico no se desarrolla en un vacío absoluto, sino dentro de una atmósfera social y culturalmente condicionada por un hábitat que le protege y legitima, se

deben considerar aquellos elementos discursivos -y, por ende, no cien por ciento racionales- en la construcción del conocimiento científico. Sus protagonistas -las comunidades científicas- no son sujetos individuales aislados y autónomos sino grupos organizados. Y es que ninguna comunidad científica es diferente a otro grupo social: experimenta los mismos fenómenos de tendencia a la uniformidad, cohesión por identificación, apego a normas, liderazgos o recompensas. Esto ocurre porque la actividad científica no se desarrolla en el aire, desarraigada de todo contexto o de todo escenario más amplio que ella misma. Es decir, la ciencia es un hecho social y no exclusiva y únicamente una actividad intelectual. Este rasgo es más explícito en las ciencias sociales. Éstas van siempre detrás de las realidades sociales que analizan. Éstas se encuentran contaminadas por debates ideologizados, donde el saber y poder político actúan como un binomio inseparable. Muchas veces la historia ha sido testigo de cómo las investigaciones se transforman en declamaciones ideológico-políticas; por ejemplo, la concepción marxista en la sociología crítica y la psicología freudiana. Ese reconocimiento discursivo hace posible que la investigación social ocurra en un campo científico determinado. Surge, así, la noción de “sistema de investigación”, entendiéndose por éste al “colectivo de investigadores (y a sus posiciones y relaciones dentro de este campo) identificados, en este caso, por una común orientación de sus prácticas de investigación, la que se halla condicionada por una tradición de pensamiento compartida, por una comunidad de referentes teóricos y, sobre todo, por un interés rector del conocimiento” (Brunner, Hopenhayn y otros, 1993: 16). Dicho sistema abarca dos dimensiones, la intelectual y la profesional. La primera comprende los conceptos, las unidades de análisis, los paradigmas dominantes y los instrumentos metodológicos; la segunda, el grupo de investigadores que comparten esa tradición intelectual, trabajan con ella e intercambian la información a través de publicaciones, congresos o cátedras universitarias.

Siguiendo ese marco conceptual, entendemos la práctica de la investigación de los medios de comunicación y sus efectos en la sociedad como un campo disciplinario más dentro de las ciencias sociales. Esta declaración de principios no es menor, ya que no en pocos lugares se ha instalado la nominación “ciencias de la comunicación” o “ciencia de la comunicación” para referirse a los estudios dedicados al campo de la comunicación, en sus diversos soportes, pero especialmente en el ámbito de los medios tecnológicos industriales. Como se sabe, la inexistencia de un exclusivo método y objeto de estudio ha repercutido que en el ámbito de las ciencias sociales no se hable de ciencia de la comunicación en singular, sino de ciencias en plural. Esta multidisciplinariedad teórica y metodológica ha empujado a los estudiosos del área a hablar de “teorías o ciencias de la comunicación”. Como señala Wilbur Schramm, “la teoría y la investigación de la comunicación han traído el interés de psicólogos, sociólogos, antropólogos, políticos, científicos, economistas, matemáticos, historiadores y lingüistas; y hombres de todas estas actividades y otras, han contribuido a una mejor comprensión de la ciencia” (Schramm, 1982: 32). Cada una de estas disciplinas aporta los métodos que le son propios. Por ello lo que podría caracterizar inicialmente a la investigación en comunicación es la pluridisciplinariedad metodológica para en la actualidad situarse en el pluralismo metodológico. Por otro lado, está el intento de establecer una “teoría” de la información o de la comunicación (Valbuena, 1997). La primera postura se centra sobre todo en las exigencias de un único y nítido objeto de estudio. La segunda propuesta manifiesta una mayor preocupación por la construcción epistemológica de la disciplina con miras a una diferenciación con el resto de las ciencias sociales. En este sentido, aún cuando en algunos países europeos la investigación en comunicación se ha iniciado desde las humanidades, en Iberoamérica las ciencias de la comunicación se suelen encuadrar en el marco de las ciencias sociales. Y es desde esa perspectiva donde se establecen los actuales fundamentos epistemológicos, las bases metodológicas y las fuentes de las teorías de la comunicación.

Con estos antecedentes teóricos, puede decirse que la tradición chilena ubica a los estudios mediales en el ámbito de las ciencias sociales. Las bases epistemológicas, los equipos investigadores y la estructura académica no permiten hablar de una “ciencia de la comunicación” como una disciplina con claros límites ni con fondos institucionales exclusivos. El panorama universitario actual es un buen ejemplo de esto, sobre todo cuando se observa el escaso número de facultades de comunicación donde exista un manifiesto desarrollo de los estudios mediales. La transversalidad de estos trabajos y el motor que les genera movilidad permiten afirmar que los estudios sobre medios en Chile se ajustan a motivaciones sociales

más generales que al sólo hábito disciplinar. En otras palabras, la investigación sobre los medios es investigación social, sobre todo si esta última está específicamente dirigida y organizada en función de producir conocimiento no cotidiano y poder abarcar en sus resultados a la sociedad que la cobija (Brunner, Hopenhayn y otros, 1993).

Esta especie de reconocimiento estatutario de la investigación sobre medios se ha visto contenida en Chile, ya que gran parte de su ciencia proviene de la escuela positivista. Como bien reconoce Michel Maffesoli, cada época tiene su sistema de investigación e interpretación del ambiente social y natural, y siempre es difícil abstraerse de la tendencia dominante. Nuestro caso es el positivismo. Para el sociólogo francés, la fascinación positivista se explica por un mito de fundación, que “es lo que une a una comunidad, lo que le da el sentimiento que tiene de sí misma” (Maffesoli, 1993: 35). Y como toda forma mitológica, el positivismo tiene duplicados, múltiples versiones e interpretaciones. Bajo esa lógica, Maffesoli, sin dejar de abrazar la escuela durkheimniana, lucha por un dato social que pueda comprenderse desde la empatía, la participación o la mera comprensión.

“Y la reactualización de su discurso específico, que cada sociedad se ha visto obligada a efectuar, se hace siempre contra una ideología dominante, contra un pensamiento instituido. El imperialismo del positivismo está tanto más arraigado cuanto que nada parece escapar a su influencia (...) Todo está sometido a la razón; cada cosa debe dar sus razones” (Maffesoli, 1993: 38).

La tesis maffesoliana propone construir una teoría del conocimiento que considere la necesidad de captar los fenómenos sociales en su totalidad, a partir de una ciencia social que acabe con la tradicional brecha entre razón e imaginación. Por ello, el autor destaca la importancia que tiene el relativismo científico en el estudio de esta materia: “no hay una sola realidad a investigar, sino diferentes maneras de percibirla”, pareciera sugerir. Ello, porque el investigador social tiene que ver con la pasión, con lo ilógico, con lo imaginarios que también estructura la actividad humana, de la cual es, al mismo tiempo, actor y observador. La paradoja que surge no es menor. ¿Puede el hombre conocerse desde el hombre? se preguntan Humberto Maturana y Francisco Varela. La respuesta la dan los mismos biólogos chilenos desde su particular visión del conocimiento. “Al fenómeno del conocer no se le puede tomar como si hubieran hechos u objetos allá afuera, que uno capta y se los mete en la cabeza” (Maturana y Varela, 2002: 13). Es decir, nuestra experiencia como observadores con cualquier cosa es validada desde nuestros parámetros cognoscitivos y estructurales, que hacen posible que esa cosa sea percibida por nosotros. La circularidad del conocer que se propone impide, entonces, cualquier acercamiento a la realidad social fuera de ella misma. Usamos nuestros lenguajes, miedos, teorías o esperanzas. Esto supone como norma que la regularidad desde la cual se observa se rige por la perspectiva que asume el propio observador, cualquiera sea éste, desde lo más básico como interactuar cara a cara con otro sujeto o ejecutar una investigación científica. Y si, como dicen los autores, “todo lo dicho es dicho por alguien” (Maturana, y Varela, op.cit), entonces no hay manera de comprender la realidad desde fuera del conocer.

Negar el acceso del sujeto a su propio campo fuera de ese campo supuso el descarte de cierta objetividad en todas ciencias, gran escollo que debe superar la crítica al positivismo. Por ello, numerosos han sido los pensadores que prefieren hablar de autorreflexión a la hora de escoger un término para nominar el trabajo de quien observa la observación. Autores como Kenneth Gergen, Richard Rorty o Tomás Ibáñez descartan de plano la independencia entre objeto y sujeto, cuestionando así la tradición positivista del conocimiento científico. Por definición, quien es objetivo ve las cosas en cuanto lo que son, está en contacto con la realidad y piensa las cosas tal como son, es decir, se muestra a un individuo como una máquina perfecta que presenta una coincidencia entre el mundo exterior y la imagen que configura en su estructura mental (Gergen, 1992: 211). Por ello, quien es objetivo es, además, realista, exacto y correcto. El post-positivismo supera este paradigma. La tesis tiene como punto de partida el hecho que supuestamente aquello que denominamos realidad social no escapa al punto de vista histórico y cultural. Con esta lógica, cada planteamiento, método o procedimiento de búsqueda de una parcela de la realidad es siempre provisional, y debe ser constantemente revisado. De este modo, la ciencia adquiere un valor flexible y cambiante, como resultado de

un conjunto de prácticas sociales, históricamente situadas y propias de un modelo de sociedad. A pesar de esas limitaciones, la búsqueda de la verdad sigue siendo la máxima aspiración -e inspiración- científica. Desde allí participan no sólo múltiples redes sociales, relaciones de poder o procedimientos retóricos, sino también las experiencias compartidas por cada equipo de investigación, que son únicas y a veces intransferibles. Si el investigador social debe describir un sistema del cual él mismo forma parte, no podemos confeccionar una teoría social que excluya al observador. Este rasgo es frecuentemente olvidado por quienes hacen ciencia social.

Estos rasgos repercuten en el plano metodológico, es decir, las herramientas que todo investigador emplea para acceder a la realidad. El investigador debiera partir de un paradigma: no se puede usar un objeto que se asume existe como una entidad independiente de lo que observa, dándolo como fundamento de su explicación de la realidad (Maturana, 2002). Asumir este criterio de observación exige una permanente autocrítica y auto-observación, y que es operacionalmente responsable de los datos que genera en sus observaciones. Se trata de poner atención en la producción discursiva que enmarca el trabajo de todo investigador. Y es que las condiciones de producción dan cuenta del sentido subjetivo de un hecho social, como la ciencia. El sistema de operaciones que define el nivel de lectura de la producción de un paquete textual determinado recibe el nombre de proceso de producción discursiva (Verón, 1994). Es decir, las condiciones de producción de un conjunto textual hacen referencia a otros textos, ya producidos. La práctica científica, en sus diversas manifestaciones textuales responde a esa estructura cíclica e infinita, pues hay elementos jurídicos, políticos, históricos, educativos o metodológicos que la definen. Es decir, las condiciones de producción remiten a lo extra-textual, manifestada en huellas de producción.

El semiólogo argentino Eliseo Verón ha hecho suya una teoría semiótica sobre la forma cómo se articulan las condiciones de producción en el sistema social. Si “el sentido”, para Verón, adopta la forma de investiduras en conglomerados de materias sensibles -y que, a raíz de esto, llegan a ser materias significantes (investiduras susceptibles de resultar descritas como conjuntos de procesos discursivos)-; entonces, el sentido se encuentra en todas partes. Así, todo sistema productivo puede considerarse como un conjunto de compulsiones cuya descripción específica las condiciones bajo las cuales algo es producido, circula y es consumido (Verón, 1997: 12). Dichas compulsiones, según Verón, no constituyen un conjunto homogéneo de materias significantes, pues no brotan de una misma fuente, no tienen todas los mismos fundamentos ni remiten al mismo tipo de leyes. Los sistemas de producción de sentido funcionan, entonces, desde prácticas cotidianas institucionalizantes específicas, que se influyen mutuamente, como un verdadero árbol ramificado que funciona en forma cíclica.

Para abordar los sistemas productores de sentido se deben considerar tres aspectos fundamentales. Verón propone que la realidad se construye discursivamente al igual que la producción de mercancía, a partir de tres momentos:

- Momento de producción
- Momento de reconocimiento o consumo
- Circulación: es la distancia entre el momento de producción y el de reconocimiento

El estudio de tales aspectos impone la descripción de las condiciones bajo las cuales tiene lugar su funcionamiento. Por ello, Verón habla de condiciones de producción, circulación, consumo. A estas últimas, el autor prefiere llamarlas condiciones de reconocimiento, cautelando que la distinción entre sentido productivo y condiciones de producción no reproduzca la clásica y poco prestigiosa dicotomía marxista de infraestructura y superestructura. Así, el concepto de discurso se explica al sumarle a cualquier forma textual las condiciones de producción y de reconocimiento, reconociendo a todo discurso como un campo posible de interpretación y definiendo a la producción social de sentido como un proceso. Como una cadena de producción permanente, donde producción y reconocimiento se confunden. Sigue la figura peirceana de la *semiosis* infinita, con permanentes desplazamientos significantes.

Cada uno de estos aspectos mencionados por Verón permiten para un meta-investigador poner en marcha novedosos mecanismos de análisis autorreflexivo. De todos

modos, para llevar a cabo el análisis discursivo se debe hacer un corte artificial, identificando las huellas que hacen posible una lectura semiótica.

“Puede hablarse MARCAS cuando se trata de propiedades significantes cuya relación, ya con las condiciones de producción, ya con las condiciones de reconocimiento, no se encuentra especificada (...) Cuando resulta establecida la relación entre una propiedad significante y sus condiciones de producción (o de reconocimiento) esas marcas se convierten en HUELLAS de la producción o del reconocimiento” (Verón, 1994: 16).

De ese modo, las condiciones de producción y reconocimiento dejan “huella” en el discurso, y estas huellas nunca son idénticas. Éstas, además, derivan de varias gramáticas de reconocimiento y de producción, asociadas a diferentes momentos históricos en los cuales se han hecho visibles. Y si todo texto tiene más de una lectura, es esta característica la que hace posible las prácticas científicas. De ahí a un análisis ideológico, hay un paso. Todo fenómeno social puede leerse en relación con el poder y sus modos de influencia. Siguiendo a Michel Foucault, lo ideológico y el poder se encuentra en todas partes.

“El poder no es una institución, no es una estructura, no es una cierta potencia de la que algunos estarían dotados: es el nombre que se aplica a una situación estratégica compleja en una sociedad dada. Y también omnipresencia del poder: no porque el poder posea el privilegio de reagruparlo todo bajo su invencible unidad, sino porque se produce a cada instante, en todo punto, o más bien en toda relación de un punto a otro” (Foucault, 1976: 123).

Si bien la obra de Foucault se centró en la preocupación por el individuo, entendido como objeto del saber, su influencia posterior se impone como uno de los trabajos más completos que tratan la cuestión del poder y su relación con las prácticas del conocimiento. Esto supone aceptar que la ciencia y sus aportes no son un mero receptáculo de saberes inconclusos e inagotables, sino que actúa como un tejido donde la discursividad se manifiesta en toda su plenitud, con sus relaciones de influencia. El autor se interesa en cómo el sujeto se constituye de una forma activa, a través de las prácticas de sí, que no son algo que inventa el propio sujeto, sino que se constituyen en un esquema que él encuentra en su cultura y que le son propuestos, sugeridos e impuestos por su entorno cultural. Por esta razón, la filosofía de Foucault presenta una ruptura epistémica. Nos plantea que estamos sometidos a la producción de la verdad científica desde el poder y no podemos ejercerlo más que a través de la producción cognoscitiva. Así, “el poder tiene que ser analizado como algo que circula, o más bien, como algo que no funciona sino en cadena. No está nunca localizado aquí o allí, no está nunca en las manos de algunos, no es un atributo como la riqueza o un bien” (Foucault, 1992: 152). En otros términos, el poder transita transversalmente, no está quieto en los individuos.

Ante tal evidencia, ¿por qué, entonces, tanta dificultad para indagar lo ideológico en la práctica científica? Pareciera que el poder debe ser estudiado como un concepto analítico que designa la dimensión del efecto de un discurso. Pero el poder no es algo que esté en un discurso, el discurso no posee el poder como propiedad en sí. El poder es, entonces, un concepto relacional. Verón postula que “el poder de un discurso sólo puede manifestarse bajo la forma de un efecto, es decir bajo la forma de otra producción de sentido, de otro discurso. En otras palabras: el poder de un *discurso A* es un *discurso B* que se manifiesta como efecto del primero” (Verón, 1978: 86). A partir de esta singular mirada autorreflexiva, el análisis ideológico está siempre referido a los fenómenos sociales y no a cosas. Ello, porque la ideología es una gramática de generación de significación, una investidura de sentido en materias significantes y que se reconocen porque son formaciones históricamente determinadas. No es un mero repertorio de contenidos. En este sentido, la relacionalidad de la práctica científica se convierte en un objeto de análisis preferente para cualquier análisis ideológico. Sobre todo cuando el discurso científico se nutre de un efecto de absolutismo o cientificidad. Dicho efecto reposa sobre un desdoblamiento. Se reconoce él mismo como instaurador de una referencia “a su referencia” a lo real.

“Esa referencia doble puede obtenerse cuando un discurso que, como todo discurso, se encuentra sometido a condiciones de producción determinadas, se muestra precisamente como estando sometido a condiciones de producción determinadas. Dicho de otro modo: la referencia del discurso a su referente está marcada por la referencia del discurso a sus condiciones de generación” (Verón, 1978: 29).

El efecto ideológico es, al contrario, el del discurso absoluto. Se muestra como el único posible. El que debe poner en marcha una creencia de manera natural. A pesar de esta diferenciación, no hay discurso no-ideológico en el momento de producción de sentido. La dimensión ideológica es propia de todo discurso. Ello explica por qué el poder atraviesa la discursividad en su conjunto. Verón precisa que “afirmar que lo ideológico, que el poder, se encuentran en todas partes, es radicalmente diferente a decir que todo es ideológico, que todo se reduce a la dinámica del poder” (Verón, 1997: 14). Es decir, por un lado se reconoce que lo ideológico es una dimensión presente en todos los discursos producidos en el interior de una formación social, en la medida en que el hecho de ser producidos en esta formación ha dejado huellas en el discurso. No existe, por lo tanto, algo que pueda denominarse como “discurso ideológico”. Hablaremos, siguiendo la tesis veroniana, del efecto ideológico de un discurso, como pretensión de universalidad.

Una manera de enfrentar esta tendencia absolutista es conceptualizando el conocimiento como un sistema de efectos de sentido. Si bajo el efecto ideológico, el discurso aparece teniendo relación directa con lo real, lo ideológico estará siempre presente en el discurso de la ciencia, por lo que la neutralización del efecto ideológico se logra con el develamiento de las condiciones producción de la ciencia. Dicho ocultamiento hace posible el efecto de cientificidad. No hay que olvidar –siguiendo la semiótica veroniana- que las condiciones de producción no son tales sino en la medida que se trata de un conjunto de determinaciones que han “marcado el discurso” a través de sus huellas en él. De este modo, la única forma de acceder a las condiciones de producción de la práctica científica es a través de un análisis ideológico de sus instituciones, de sus formas de financiamiento, de sus infraestructuras tecnológicas, de sus relaciones sociales, de sus roles académicos, de sus normas y de sus habitus. En el quehacer científico son esas huellas las que son objeto de un análisis ideológico. Son las bases de las siguientes anotaciones cartográficas.

Anotaciones cartográficas de los estudios mediales en Chile

En primer lugar, concebimos los fenómenos sociales como momentos temporales continuos, pero con una nítida identificación cronológica. En esa lógica simplificadora se identifican tres períodos socio-políticos que marcan la dinámica y el quehacer de las ciencias sociales en Chile, por el hito que los separa: antes y después de la dictadura militar. De este modo, se reconocen en la cronologización de las “huellas de producción” de los estudios mediales, tres etapas históricas con sus correspondientes denominaciones disciplinares: el enfoque crítico pro-marxista (1968-1973), el autoritarismo (1973-1990), la democracia y el paradigma del mercado (de 1990 hasta nuestros días). En segundo lugar, asumimos que todo hecho social descansa en niveles continuos de institucionalización. Así, el valor espacial no se grafica a través de estándares geográficos, por la imposibilidad que dicha variable arroje resultados cualificables. Consideramos en este punto el método de análisis discursivo que propone el sociólogo gallego Juan Luis Pintos. El investigador propone que la ubicación espacial de los fenómenos sociales encierra ciertas complejidades.

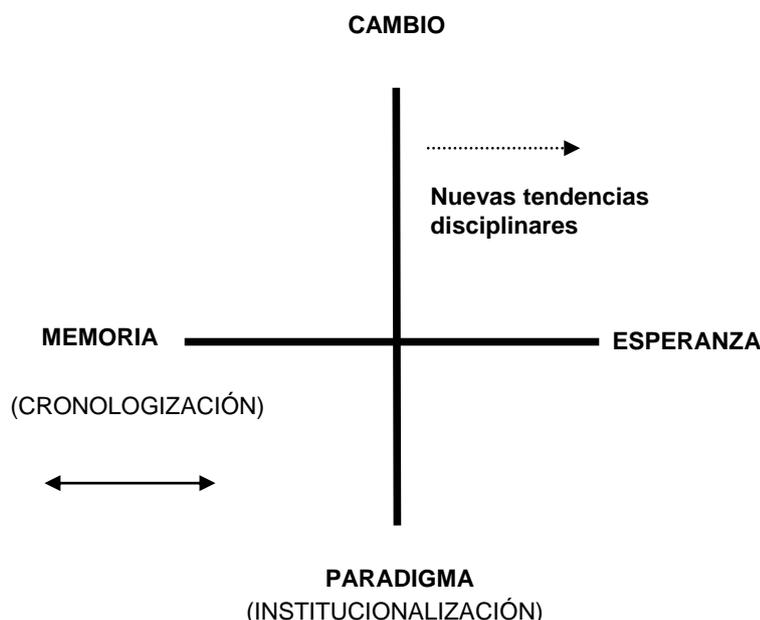
“Pensamos que en este contexto no era lo primario una consideración del espacio como lugar de representación de lo simbólico, aunque nuestro lenguaje común esté trufado de este tipo de sistemas de referencia (norte/sur, izquierda/derecha, etc.). Tampoco nos parece una generalización suficiente la que se produce al delimitar el espacio (establecer fronteras, centros/periferias, etc.)” (Pintos, 1995: 574).

Reconocemos que un conjunto de teorías o métodos tiene un alto grado de institucionalización en la academia, independiente del lugar físico donde se articulen, y

asumiendo el valor de “paradigma” más allá de las fronteras político-geográficas. La contraparte asume el valor de utopía (con posibilidades de ser objeto de cambio de paradigma) o de práctica científica periférica, ubicándose en una teoría o método no reconocido o que dejó de tener influencias al ser consideradas “teorías superadas” por los nuevos paradigmas. En el primer caso encontramos, por ejemplo, a los estudios de mercado, y en segundo, a los estudios crítico-marxistas (como teoría superada) o los estudios sobre subjetivación e imaginarios sociales (como teorías emergentes).

FIGURA N°1

ESQUEMA DE ANÁLISIS ESPACIO-TEMPORAL



Esquema de coordenadas cartesianas adaptado de la propuesta metodológica de Juan Luis Pintos

El esquema espacio-temporal se expresa, entonces, a través de dos ejes metodológicos: el tiempo continuo (como duración) y el nivel de institucionalización (como paradigma o cambio). Ambos ejes ordenaron nuestra búsqueda, otorgándole a la presentación de este trabajo una estructura cronológica y de legitimación. Por un lado, los períodos históricos que facilitaron el ordenamiento de las prácticas investigativas y, por otro, se incorporaron dos capítulos referidos al itinerario de los estudios mediales en América Latina y sus influencias en Chile, y cómo dichas prácticas permiten hablar de “fermentos en el campo disciplinario” que prometen un desarrollo novedoso en materia de teorías y métodos, pero que no se pueden considerar tendencias aún.

¿Cómo articular ambos ejes? A través de tres análisis documentales. Se consideraron, en primer lugar, aquellas metainvestigaciones realizadas en torno al campo de los estudios mediales, seleccionando tanto aquellas con objetivos de reconstrucción histórica de la disciplina como las que consideraban sólo algunos enfoques teóricos o prácticas metodológicas. Las conclusiones de todos aquellos informes resultaron relevantes a la hora de enmarcar este análisis. Las modas temáticas, las estructuras investigativas y las dificultades de la disciplina fueron dando forma a las preguntas y objetivos de investigación y los estudios que finalmente fueron seleccionados en la segunda parte de la observación documental. Durante un período de cuatro años se recopiló, revisó y seleccionó la gran cantidad de material bibliográfico archivado en instituciones universitarias y centros de documentación en el área. Lo

anterior, sumado a las publicaciones disponibles en el mercado y la información obtenida de Internet (páginas oficiales de centros e instituciones, bibliotecas virtuales, portales de la comunicación), hicieron posible la primera parte de este trabajo. Se hizo un fichaje que permitió desmenuzar los contenidos por categoría temática, por autor y por fecha de publicación. Se recopiló como referencia los resultados de la investigación universitaria de pre y postgrado adscrita a centros de estudios con financiamiento para potenciar la disciplina. Lo anterior permitió clasificar los estudios por área para determinar las líneas de investigación. La tercera parte del análisis documental se hizo posible a través de los datos y documentos obtenidos luego de las entrevistas en profundidad a expertos. A través de entrevistas personales, contactos telefónicos, intercambio de artículos y/o correos electrónicos, comunicólogos y científicos sociales de otros centros y universidades dieron sus puntos de vista, matizando en valor de los trabajos recopilados previamente.

Se aplicó un método analítico e inductivo en la reflexión de las fuentes recopiladas, para concluir con un cuerpo de principios orientados en la identificación de determinadas expresiones textuales como “huellas” de las condiciones de producción de los estudios mediales, esto es:

- Temáticas generales de las revistas especializadas en el área
- Artículos académicos
- Informes de investigación
- Fuentes de financiamiento
- Estructura del sistema investigativo chileno
- Burocracia estatal
- Instituciones y centros de investigación de la comunicación
- Su relación con otras ciencias sociales

En lo estrictamente operacional, la red discursiva fue observada desde el campo de la semiótica. El criterio de homogeneidad disciplinar definió los campos semánticos requeridos para identificar las *relevancias* discursivas (aquello que la discursividad explicita) y las *opacidades* (lo que la hegemonía discursiva oculta y disfraza).

En concreto, tomando en cuenta, por un lado, las *regularidades temáticas* de la disciplina estudiada, expresadas en criterios de pertinencia investigativa, convenciones de género, intertextualidad y sujetos discursivos; y por otro, sus *diferencias regulares*, expresadas en singularidades investigativas y patrones específicos de la práctica científica, se puede hacer la siguiente aproximación desde una perspectiva temporal.

El enfoque crítico de la primera generación

Si bien los estudios mediales disciplinariamente organizados surgieron en Chile en la década del cincuenta dentro de la tradición del positivismo -y por ende al interior del clásico discurso cientificista-, un sector mayoritario de ellos evolucionó al tenor de las modas ideológicas foráneas. Las temáticas y metodologías llevadas a cabo por las instituciones académicas dedicadas a la disciplina siguieron durante la llamada “década larga” a los paradigmas y autores de moda que fueron acogidos y mitificados por la realidad latinoamericana, a partir de enfoques teóricos más amplios como el estructuralismo o el marxismo, que encontraron en la región el caldo de cultivo necesario para su desarrollo. Es esta influencia la que permite hablar del inicio de la comunicología chilena, con escasos aportes teóricos propios. Se identifica la identidad disciplinar como una constante que se expresa nítidamente en aquellos estudios. Se trata de una búsqueda o un acomodo teórico y metodológico que marcó las líneas investigativas de este primer período. Dichas influencias reflejan, más allá del reconocido prestigio de las escuelas europeas, un rasgo que será una constante en la disciplina: la búsqueda de paradigmas propios para su desarrollo.

En todos los trabajos publicados se observa una explícita defensa de la lectura ideológica como método de análisis, opuesto a las técnicas empíricas usadas por el funcionalismo sociológico. Los investigadores quieren superar el mero análisis estadístico en el estudio de los medios masivos, indagando en el contenido latente de los mensajes mediáticos. Identificar las estructuras que dan coherencia a esos mensajes es el objetivo metodológico. Para ello, no en pocos informes se pone en evidencia la insuficiencia del análisis de contenido, pues éste –dicen- está imposibilitado para identificar el principio organizador de los discursos mediáticos, con la correspondiente estructura ideológica. El diagnóstico preliminar es claro: los estudios enmarcados en la denominada *Mass Communication Research* adolecen de un vicio de génesis, pues surgen principalmente como respuesta a una demanda de firmas comerciales publicitarias, donde las relaciones se hallan dominadas por la ley de la ganancia y la competencia. En forma explícita se pone en entredicho el aporte a la investigación social que hacen las técnicas de investigación utilizadas por el funcionalismo. Tanto la encuesta -que busca medir cambios de comportamiento, opinión, creencias y las aptitudes de los receptores- como el análisis de contenido son vistos como prueba de la obsesión por el dato empírico y la racionalidad objetiva, bajo el paradigma de que son garantía de resultados no manipulables.

La aspiración de mantener su carácter como método axiológicamente neutro es una de las más fuertes críticas que recibe el funcionalismo norteamericano. Este tipo de estudios - dicen los investigadores críticos- produce, en general, resultados monótonos y superficiales, pues la preocupación es que todo pueda ser expresado en porcentaje. Las conclusiones que se obtienen son, como consecuencia de lo anterior, funcionales, fortalecen la cohesión social y promueven una actitud a-crítica. Para Armand Mattelart, uno de los íconos de aquel período, un caso ejemplificador sería el estudio de la revista de ídolos con criterios funcionalistas.

“Para el investigador funcionalista, la revista juvenil, llamada de ídolos, cumple función manifiesta que pertenece al área entretenimiento. Por definición, esta función es conocida y buscada. El análisis del contenido manifiesto de esta revista -admitiendo de antemano el axioma entretenimiento- consistirá en indagar de qué manera la revista aludida cumple esta función específica. Pero surge una pregunta fundamental, desde el momento mismo en que se inicia el análisis: ¿En qué medida puede afirmarse que la revista se centra sobre esta función única? De hecho, atribuyendo a este tipo de revistas la función entretenimiento, el funcionalismo la aísla de su contexto, y no hace otra cosa sino aceptar la función oficial, tal como la define el sistema por medio de la máquina publicitaria que la hace vender” (Mattelart y Piccini, 1970: 11).

Es decir, hay otras funciones (significados segundos) de esa revista que derivan del conjunto de universos que toca (modelo económico, creencias religiosas, perspectivas de género, modelos de felicidad y éxito, etc.). Estas otras finalidades son y serán desconocidas siempre para una investigación instrumental o funcionalista. Para esta primera generación de comunicólogos, los estudios norteamericanos son una herramienta que consolida los principios sobre los cuales están construidas las relaciones sociales de un sistema dado. Esto aleja toda posibilidad de investigación sobre el lugar que los medios y el emisor ocupan en la estructura del poder. Aquello confuso y complejo queda fuera del análisis funcionalista. Y por lo tanto, el resultado es parcial e incompleto. Siguiendo el paradigma frankfurtiano, no es posible un estudio detallado de los medios de comunicación si éste no considera un análisis que incluya la ideología y las formas de percepción de la realidad del sistema social existente. Los medios de comunicación forman parte de un engranaje perfecto, que requiere una dimensión holística para su comprensión y lectura.

Los mediólogos y la dictadura

El escenario político que comenzó con la dictadura (1973-1990) modificó abruptamente la composición de los rostros de quienes hacían investigación sobre medios y la institucionalidad que los cobijaba. La expulsión de connotados investigadores y el cierre o reestructuración de las escuelas de comunicación y ciencias sociales impactó fuertemente la

continuidad de las líneas trabajadas e impulsó el desarrollo de aquellos centros y ONG's que no podían ser objeto de clausura. Las orientaciones temáticas y los paradigmas se fueron adecuando lentamente a las restricciones impuestas por el autoritarismo, situación que facilitó el desarrollo de tendencias nunca vistas como el enfoque democratizante o la teoría de la recepción crítica de los medios. Este contexto sociopolítico autoritario generó un excesivo condicionamiento de las investigaciones en comunicación, repercutiendo en la científicidad de sus resultados. Dichas restricciones temáticas operaron como una moneda de dos caras: por un lado, cortaron las alas de quienes querían hacer investigación sin patrocinios gubernamentales, y por otro lado, permitieron el desarrollo de enfoques nunca antes vistos, luego del quiebre de la larga tradición democrática chilena.

Este escenario académico atípico para un Chile acostumbrado exclusivamente a las investigaciones universitarias tuvo logros para las ciencias sociales, pero también obstáculos, muchos de los cuales persisten hasta hoy. Sus abundantes publicaciones periódicas son reconocidas como el máximo potencial de este período. En efecto, se aumentó considerablemente el número de documentos de trabajo, series de libros y revistas especializadas provenientes de equipos investigadores de estas ONG's. Por ejemplo, se pueden citar los "*working papers*" de FLACSO, los libros publicados bajo el sello de CENECA o revistas como "Estudios Públicos" del CEP, "Opciones" del CERC o "Cono Sur" de FLACSO. Lo concreto es que la productividad de estos centros en los ochenta llegó a ser más alta de lo habitual en comparación con las prácticas académicas de los sesenta y setenta. Sus objetos preferentes de investigación fueron la comunicación y el sistema político, los desafíos en materia educacional, Chile y sus políticas internacionales, la comunicación y la cultura, entre otros. En los primeros años de autoritarismo, estas investigaciones salen a la comunidad, concretamente en sectores profesionales, gremios, federaciones estudiantiles, y en miembros de las elites sociales, empresariales y políticas. Sin embargo, también se puede hacer una segunda lectura, ya que con el paso de los años la escasa audiencia de sus estudios transformó lo que primero fue un logro en una gran falencia, ubicando a esos estudios publicados a la misma altura de las investigaciones y trabajos universitarios, es decir, una disciplina con problemas de comunicación. Con el tiempo se repite la observación hecha en un comienzo por Munizaga y Rivera (1983: 22) a propósito del desalojo que sufrió el estudio de las comunicaciones en las universidades chilenas. Las investigadoras señalan que dichas experiencias investigativas se expresaron en forma de proyectos aislados de personas que, si bien mantienen un cierto nivel de actividad, implican formas fragmentarias de trabajo que dificultaron la acumulación sistemática y el debate de una disciplina que necesitaba con creces una reactivación. La mirada estaba puesta en la comprensión del modelo político autoritario impuesto, sus efectos informativos (como los estudios sobre los conservadores "Qué Pasa" y "El Mercurio") y las posibilidades de su superación.

Democracia, mercado y consumo

Con la reconquista democrática -a partir de 1990- la situación de los estudios mediales cambia radicalmente. El entorno político deja de ser hostil y favorece abiertamente a las investigaciones de mercado, que ya se habían iniciado tímidamente a fines de los años ochenta. Los primeros años de la transición generaron un amplio número de publicaciones dedicadas al cambio del sistema comunicativo y a la propiedad y estructura de los medios de comunicación. Las iniciativas de investigación nacen especialmente de la empresa privada, sobre todo aquellas destinadas a medir hábitos de consumo de medios. Los centros independientes que brillaron en los ochenta fueron los principales damnificados al perder sus principales fuentes de financiamiento.

En este nuevo escenario, los estudios mediales regresan a las universidades, en un período que experimenta un importante aumento en escuelas de formación profesional en comunicación. De este modo, una nueva generación de mediólogos tiene su nicho en los centros de investigación dedicados a la investigación social, siendo éstos autónomos o bien dependientes de las universidades. Aquellas escuelas o facultades de comunicación que han funcionado sin equipos humanos y materiales con dedicación exclusiva a la investigación no tienen ningún efecto concreto en la evolución de las ciencias de la comunicación, ya sea para

poner debate académico o aportar con nuevas metodologías. Otros estudios metainvestigativos de carácter cuantitativo confirman que esa es la realidad de la mayoría de las escuelas de periodismo y/o comunicación del país. Al revisar la bibliografía más consultada por los investigadores y académicos del área entre 1968 hasta hoy se aprecia que la gran mayoría de los documentos de trabajo o informes de investigación sobre medios en Chile proviene de organismos autónomos como FLACSO, CENECA, ILET, y más recientemente CEP, o de aquellos centros adscritos a universidades como CEREN y EAC (en los sesenta), y de los nuevos organismos fundados en los noventa por la Universidad Católica, la Universidad Diego Portales, la Universidad ARCIS, y la Universidad de Chile, todos partícipes del centralismo santiaguino. Asimismo, a nivel de estudios monomedio como la televisión, es el consejo a cargo de regular su funcionamiento (CNTV) la institución más citada en los escritos sobre la materia. Se observa la estructura administrativa que cobija la investigación y su correspondiente centralismo institucional como rasgos que ha obviado el discurso disciplinar oficial.

Los criterios economicistas con los que los medios masivos orientan su programación y contenidos siguen aquella lógica. Los medios son empresas de construcción de sentido. Como toda empresa su objetivo es obtener utilidad. El modelo de economía capitalista ha impuesto ese criterio incluso en aquellos medios estatales o universitarios. Con esta mentalidad de producción no parece extraño que se privilegie, entonces, la espectacularidad y el sensacionalismo a la hora de escoger qué "hacer público". Y es esa reflexión la que está ausente en la investigación medial actual. Ante la crisis de hegemonía del modelo de investigación positivista -debido a lo insuficiente que resultan ser sus datos-, los estudios mediales deben ser expresión simultánea de la posición intelectual "oficial" o cuantitativa y de la oposición radical o posmoderna. La ausencia de críticos culturales -aquellos que estudian las diferencias culturales que transitan bajo la piel de lo masivo- se hace notoria ante trabajos que no exploran la marginalidad y los fragmentos de la cotidianeidad massmediática. Dicha estructura, sin embargo, clama por un campo propio o especificidad en las temáticas investigativas. La acumulación de nuevo conocimiento aparece como la mejor garantía para el desarrollo de investigaciones a largo alcance. Sólo algunas áreas del conocimiento pueden autodenominarse justos representantes de esta nueva exigencia paradigmática. Es la era de los subjetivismos, los discursos y las lecturas textuales. Es la otra cara del trabajo investigativo.

Fermentos en el campo disciplinar

En la década de los 90 y con más fuerza en los últimos años, un nuevo discurso comenzaría a modificar las prácticas investigativas. El "aterrizaje" de la posmodernidad y la defensa de los subjetivismos pusieron en jaque la clásica imagen del positivismo objetivista. La polémica entre sociólogos y críticos culturales abrió un debate intelectual que en otros lugares ya estaba instalado. Pese a lo reducido de su audiencia, los efectos no se hicieron esperar. La teoría de imaginarios sociales, la sociología profunda y la semiótica aplicada son frutos de esa renovación transformada hoy día en ruido disciplinar.

La teoría de imaginarios sociales asume como una de las más notorias muestras de renovación teórica. Una agrupación académica española asentada en la Universidad de Santiago de Compostela, encabezada por Juan Luis Pintos de Cea-Naharro y dedicada a trabajar esta línea investigativa, abrió el año 2001 su sede en Chile, territorialmente ubicada en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Concepción. Se trata del Grupo Compostela de Estudios Sobre Imaginarios Sociales (GCEIS) - coordinadora para América Latina, grupo multidisciplinario homologado por la Dirección de Investigación de dicha universidad (Código de registro DIUC 03.Q3.02). En los últimos años, el desarrollo teórico propio y el intercambio académico ha generado modelos operativos de análisis de fenómenos sociales, entre los cuales no están ausentes los medios de comunicación. Si bien, el GCEIS se autodefine como un grupo que aborda temáticas sociales más amplias, su carácter multidisciplinario le ha otorgado capacidad para enfrentar la influencia de los medios y el sistema comunicativo imperante. En la presentación de la asociación gallega, se reconoce que "las ideologías tradicionales nos permitían ordenar, explicar e intervenir en los diferentes entornos que definían y posibilitaban nuestra vida consciente, pero la obsolescencia de los

metarrelatos ha desnudado a las ideologías de sus potencialidades convirtiéndolas en meros discursos legitimadores de lo establecido". Los imaginarios sociales serían aquellos esquemas que nos permiten percibir algo como real, explicarlo e intervenir operativamente en lo que cada sistema social se describa como realidad. El análisis ideológico y el develamiento del poder se convierten, así, en las máximas investigativas del GCEIS.

Como reconoce Manuel Antonio Baeza, el tema de la dominación (Baeza, 2003) ha sido recurrente en las ciencias sociales, especialmente en sociología. La ideología pasa a ser algo más que un simple discurso retórico, para dar paso a un contenedor de imaginarios a partir de los cuales se legitima un modelo de sociedad que se vuelve creíble, válido y socialmente compartido. Los aspectos observados por Baeza consideran la revolución tecnológica que comprende la expansión de procesos productivos en el ámbito de las comunicaciones, la creciente individualización que supone una prescindencia de lo social y una tendencia cultural homogeneizante. ¿Qué operacionalidad tiene este constructo en el desarrollo de las ciencias sociales, particularmente en los estudios mediales? A nuestro juicio, la figura socio-imaginaria de una realidad que se construye intersubjetivamente cambia el eje de mirada. Según esta tesis, aquello que la psicología convencional llama "entidades mentales" o "aparato psíquico" no tiene su origen dentro de la estructura cerebral de las personas, ni tampoco son internalizaciones producidas en la vinculación con un ámbito exterior autónomo. Éstas son en sí mismas procesos sociales, constituyentes y constituidas de aquello que llamamos *subjetividad* (Piper, 2002). Bajo este paradigma, el fenómeno de la globalización y las nuevas tecnologías de la información han transformado hoy más que nunca a los medios de comunicación en "empresas de construcción de sentido". Siguiendo la tesis de Juan Luis Pintos, el modo de construcción de esas plausibilidades opera a partir de la reproducción de la comunicación a través de la comunicación estableciendo las distinciones que posibilitan/imposibilitan la información, la participación y la comprensión. Es decir, al aplicar la teoría de imaginarios sociales a los estudios mediales, se observan cuatro categorías de análisis a partir de las temáticas abordadas por los medios de comunicación (Pintos, 2004):

- Lo visible / lo invisible: [PERCEPCIÓN]
- Lo central / lo periférico: [JERARQUIZACIÓN]
- Los poderosos / los impotentes: [los que tienen/no tienen la PALABRA]
- Lo respetable / lo despreciable: [criterios de VALORACIÓN]

Se obtiene, así, la primera ruptura epistémica en la tradición de las investigaciones sociales en Chile. La observación se dirige hacia la producción discursiva, con todos los efectos en la comprensión de lo social: la importancia dada a la subjetividad y al discurso globalizador en sus diversos soportes tecnológicos. El estudio de los medios de comunicación, por ende, supera la mera reflexión en torno a sus contenidos. Desde la teoría de los imaginarios sociales dicho estudio comprende los discursos dominantes y sus efectos ideológicos, las estructuras de poder y la semiosis social que se articula desde los propios medios como entidades productoras de sentido. En palabras de Enrique Carretero, ahora los *mass media* suplen el espacio de antaño ocupado por la religión y las ideologías como productoras de realidad social. "De manera que, finalmente, hay una indiferenciación entre lo imaginario y lo real, puesto que ambos, en perfecta amalgama simbiótica conformarían aquello admitido como realidad para las sociedades en las que prima la cultura mediática" (Carretero, 2003)

En la actualidad se reconoce un germen de modelos al interior del grupo, los que han dado sustento metodológico a algunas reflexiones en torno a los discursos contemporáneos, que vinculan la actividad socioimaginante con aquel conjunto de símbolos y prácticas cotidianas que se han instituido desde la masificación de los medios de comunicación tecnologizados. De esta manera, la comunicología se integra al nutrido recorrido analítico, tanto empírico como teórico, que ha tenido el estudio de la sociedad desde lo imaginario. Ejemplo de este recorrido es una reciente investigación sobre el movimiento estudiantil secundario del año 2006 (Dittus, 2007) y que analizó su cobertura informativa, además de otros estudios monográficos que aplican y se nutren de algunos de los modelos desarrollados por Pintos, algunos de los cuales han motivado novedosas tesis de licenciatura y posgrado.

El caso de la semiótica es más complejo. Su retorno como disciplina académica en pleno derecho sigue generando algunas resistencias en los currículos universitarios. Como se sabe, la mirada crítica que tuvo la semiótica latinoamericana hacia los medios de comunicación de masas se explica por la excesiva ideologización de las ciencias sociales en el continente, lo que transformó a la semiótica en un campo teórico de lucha y confrontación. A pesar de este pasado tendencioso, se observa un nuevo impulso de aquellas técnicas que se nutren de la subjetividad y la construcción social de sentido como instrumentos de aproximación a la mediósfera contemporánea. Se trata de una etapa post-positivista, en la que inquietos y jóvenes investigadores ven a los medios de comunicación como elementos de un proceso semiótico que no tiene forma ni un único responsable. A la semiótica le corresponde asumir su rol como justo representante de una tendencia académica que no se conforma con los modos en que se ha hecho investigación social, marcada por los funcionalismos y los resultados cortoplazistas. Se trata del avance cada vez más seguro de una transdisciplina que se nutre del análisis cualitativo, la reflexión especulativa y los medios de comunicación como influyentes relatos y metanarraciones.

La academia tiene una histórica deuda con los medios como objeto de estudio científico, situación que podría verse superada si las líneas de trabajo descritas en estas líneas siguen el camino de la consolidación, presentándose como un esfuerzo para terminar con la dificultosa relación entre estudios mediales y el modelo social hegemónico, y que liga la razón de ser de aquellos a las necesidades del mercado y el poder político.

Si bien esas nuevas inquietudes teórico-metodológicas no constituyen aún tradiciones o escuelas reconocidas, resultan ser los pocos “fermentos en el campo” de una reflexión que considera a los medios de comunicación como parte central del discurso social.

A modo de corolario

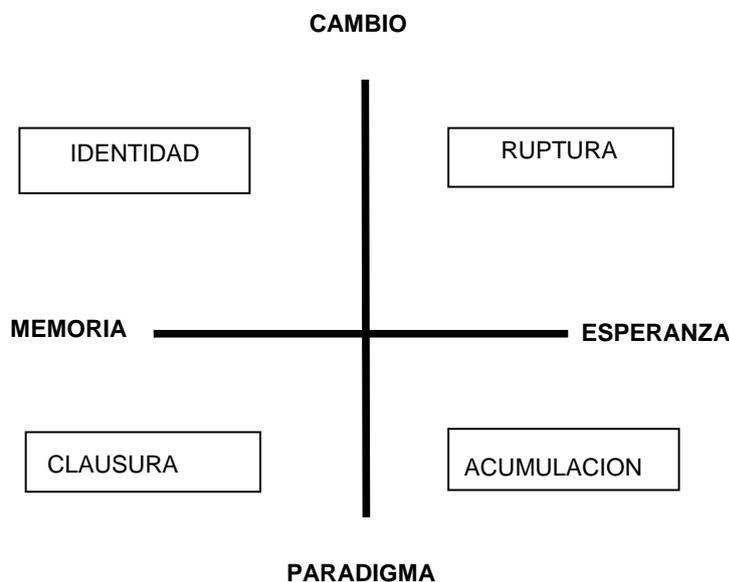
En definitiva, la operacionalización de las condiciones de producción de los estudios mediales en Chile, según la matriz utilizada para este análisis, arroja cuatro campos semánticos:

- La búsqueda de una *identidad disciplinar*, como una cuestión que marcó los inicios de una disciplina que carecía de rasgos propios y que se transforma en una constante en el tiempo;
- Las *restricciones temáticas*, definidas por el autoritarismo y/o las condiciones de mercado que el nuevo régimen político impulsa;
- Una estructura administrativa-financiera que define sus prácticas científicas con pretensiones de *acumulación epistémica*, para una mayor institucionalización de la disciplina;
- Se observan *rupturas en el campo disciplinar* como futuras corrientes o líneas no reconocidas aún por la academia.

Su ubicación en el esquema espacio-temporal -en tanto lectura semiótica de los estudios mediales como disciplina organizada- se expresa de la siguiente manera:

FIGURA N° 2

RELEVANCIAS DE LA DISCIPLINA SEGÚN LA
MATRIZ ESPACIO-TIEMPO



El diagrama representa las relaciones discursivas que se articulan en y desde la práctica científica en torno a los medios de comunicación. Por un lado, la búsqueda de una identidad disciplinar -con objetos propios de investigación y métodos específicos y originales de aplicación- se expresa como utópico y como una constante en la historia de la disciplina. El análisis documental efectuado confirmó cómo los modelos teóricos dominantes de cada etapa histórica influyeron decisivamente en la construcción de esa identidad. Asimismo, es objeto de cambio porque sus niveles de institucionalización dentro de la academia en ese trayecto histórico no son óptimos. Esto se refleja en la estructura investigativa del campo, las instituciones que la conforman y su lugar en las ciencias sociales.

La clausura temática marcó la institucionalidad de los estudios mediales. Es parte relevante de la memoria de la disciplina. Lo que es hoy se debe a ese conjunto de restricciones investigativas. El desmantelamiento del campo sigue siendo un factor relevante que explica la estructura de su discurso actual y los “temores” que algunos actores tienen hacia una supuesta fácil derivación ideologizada de sus prácticas. En ese sentido, la concatenación de experiencias capaces de producir conocimiento propio se transforma en el “discurso oficial” de la comunidad científica. Se observa en ambos campos semánticos, un alto grado de institucionalización. Por un lado, la clausura es un hecho histórico. Por otro, la búsqueda de un lugar propio se reconoce como un paradigma que nutre las necesidades metodológicas, esto es, acumular resultados para sedimentar futuras investigaciones en el campo, y desde ese punto de vista es también una esperanza para las demandas disciplinares.

Finalmente, las rupturas en el área asoman con cautela desde diversos flancos. La superación del discurso positivista es la única ventana que se observa, en el contexto de una habitación caracterizada por marcos teóricos que le han quitado luminosidad. Es utópica, pues no conforman corrientes investigativas reconocidas, tales como los estudios de audiencia o de mercado. Actúan desde los márgenes de la academia. Muchas de ellas responden más bien a esfuerzos personales o a inquietudes asociativas no oficiales. Su ubicación temporal futura las reconoce como iniciativas que podrían llegar a constituirse en nítidas corrientes disciplinares. La transdisciplinariedad es la principal aliada para que dichas inquietudes investigativas se consoliden. El trabajo en equipo al interior de grupos interuniversitarios y algunos centros autónomos se observan hoy día como los modelos a seguir para el desarrollo de los estudios

mediales y la superación de éstos como meros recolectores de recepción. La resonancia que podrían tener en un futuro cercano está en manos de aquellos profesionales que han confiado sus inquietudes intelectuales en una disciplina que está en crecimiento, tanto en masa crítica como en la complejidad institucional que la cobija.

En tanto, las opacidades observadas se nutren de aquellos discursos no declarados, pero que explican la situación actual del campo. En Chile, los estudios mediales no han tenido ni tienen un espacio de privilegio dentro de las ciencias sociales. Su escasa representatividad en el contexto científico chileno actúa como un factor determinante y, a la vez, como algo que se quiere superar, acusando un legítimo intento de la mediología chilena en hacerse un lugar en las ciencias sociales. Esa constatación se explica por otras opacidades del discurso disciplinar, como el centralismo geográfico, el criterio pragmático y el escaso pluralismo ideológico de quienes deben financiar las investigaciones del área.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BAEZA, Manuel Antonio (2003). *Imaginario Sociales. Apuntes para la discusión teórica y metodológica*. Concepción: Editorial Universidad de Concepción, Serie Monografías.

BRUNNER, José Joaquín y otros (1993). *Paradigmas de conocimiento y práctica social en Chile*. Santiago de Chile: Libros FLACSO.

CARRETERO, Angel Enrique (2003). "Postmodernidad e imaginario. Una aproximación teórica". *A Parte Rei, Revista de Filosofía* N° 26, marzo, Madrid.

DITTUS, Rubén (2007). "La Revolución de los Pingüinos en el discurso de la prensa chilena: una aproximación sociosemiótica". *LEGETE, Estudios de Comunicación y Sociedad*, 8. Concepción: Escuela de Periodismo, Universidad Católica de la Santísima Concepción.

_____. (2008). *Cartografía de los estudios mediales en Chile*. Concepción: Editorial Universidad Católica de la Santísima Concepción.

FOUCAULT, Michel (1992). *Microfísica del poder*. Madrid: Ediciones de La Piqueta.

_____. (1976). *Histoire de la sexualité, I. La Volonté de savaoir*. Gallimard: París.

GERGEN, Kenneth (1992). *Realidades y relaciones*. Barcelona: Paidós.

KUHN, Thomas (1983). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.

MAFFESOLI, Michel (1993). *El conocimiento ordinario*. México: Fondo de Cultura Económica.

MATTELART, Armand, M. Mattelart, M. Piccini y otros (1970). "Los medios de comunicación de masas. La ideología de la prensa liberal en Chile". *Cuadernos del CEREN*, N°3. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile.

MATURANA, Humberto y Francisco Varela (2002). *El árbol del conocimiento*. Santiago: Universitaria.

MATURANA, Humberto (2002). *La objetividad. Un argumento para obligar*. Santiago: Dolmen.

MUNIZAGA, Giselle y Anny Rivera (1983). *La investigación en comunicación social en Chile*. Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo, Lima: Desco.

PINTOS, Juan Luis (1995). Sociocibernética: marco sistémico y esquema conceptual (Cap. 21). En Delgado, Juan Manuel y Juan Gutiérrez (coord.). *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid: Síntesis.

PIPER, Isabel (2002). "Sobre una práctica que, en el sur, se llama a sí misma psicología social crítica". En *Políticas, sujetos y resistencias. Debates y críticas en Psicología Social*. Cuadernos de Psicología Social. Santiago: Universidad ARCIS.

SCHRAMM, Wilbur (1982). *La ciencia de la comunicación humana*. México: Grijalbo.

VALBUENA, Felicísimo (1997). *Teoría General de la Información*. Madrid: Noesis.

VERÓN, Eliseo (1978). "Discurso, poder y poder del discurso", en *Anais do primeiro coloquio de Semiótica*. Pontificia Universidade Católica de Río de Janeiro.

_____. (1994). *La semiosis social*. México: Gedisa.

_____. (1997). *Semiosis de lo ideológico y del poder. La mediatización*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Oficina de Publicaciones.